

(Génesis III, 26) figurando la Santa Virgen. Un ángel de tinieblas interviene en nuestra caída; un ángel de luz es predestinado por Dios para que intervenga en nuestra regeneración. El ángel de las tinieblas habla á Eva siendo todavía virgen; el ángel de luz habla á María eternamente virgen. Eva escucha al ángel tentador y obedece; María escucha al ángel de salvación y obedece. La perdición del género humano que debía comenzar en Adán comenzó en Eva; en María comienza también nuestra salvación y en ésta tiene María la parte que tuvo Eva en nuestra caída. Todo lo que hemos perdido se trueca en mejora. Veo aparecer un nuevo Adán, otra Eva, un nuevo ángel; existe también un nuevo árbol, el de la cruz y nuevo fruto pende de este árbol que destruirá el mal causado por el antiguo. Así es que el orden de nuestra regeneración está trazado de antemano por el de nuestra caída; los nombres infortunados se truecan en bien nuestro, y cuanto se empleó para perdernos, por un admirable cambio de la misericordia divina se convierte en favor nuestro.»

«Después de haber leído una porción de documentos relativos á esta tradición, escribe el abate Mislín, creo que con nuestra verosimilitud puede admitirse que Adán fué sepultado en Hebrón, y su calavera, conservada largo tiempo en la familia de los patriarcas, en el Calvario.»

El modesto ábside que se dice ser la sepultura de Adán, hállase precisamente debajo de la cavidad en que fué plantada la Cruz del Redentor, y por la hendidura que allí es más visible y de la que se dice que se extiende hasta el centro de la tierra, pudo la sangre de la divina víctima llegar hasta los restos del primer hombre. Recuérdense las palabras que hemos copiado de un sermón del Aguila de Hipona.»

Con tal copia de documentos relativos á esta tradición, puede admitirse con mucha verosimilitud que Adán fué sepultado en Hebrón, y su calavera, conservada largo tiempo en la familia de los Patriarcas, en el Calvario.

Refiere la tradición que el gran patriarca Melquisedec, pontífice y rey á la vez, recibió de los hijos de Noé la cabeza de Adán, que la llevó consigo como preciosa herencia cuando vino á fundar á Salem y que la sepultó en lo bajo de la colina en donde debía elevarse la Cruz del Salvador. Cuando espiró Jesús, la violencia del sacudimiento de la tierra hizo que chocasen y estallasen hasta las más duras rocas. La del Calvario se rasgó como un pedazo de tela; la hendidura se hizo de alto á bajo y atravesó la excavación en que se hallaba el cráneo de Adán, de tal suerte, que la sangre del Salvador corrió sobre la cabeza del primer culpable como para borrar más directamente en él la falta original,

fuente de todas las culpas y desdichas de sus desgraciados descendientes. Esta abertura, siempre existente, siempre visible, se extiende á una profundidad incalculable, y ofrece uno de los espectáculos más conmovedores del Calvario, tanto más, cuanto que se halla practicada transversalmente y contra todas las leyes de la naturaleza. Su carácter milagroso bastó para convertir al Catolicismo á un sabio inglés que fué á visitar los Santos Lugares con carácter de curioso y geólogo.

Otra tradición existe relativa al Calvario, y es la del sacrificio de Abraham. San Agustín, siguiendo la opinión autorizada de San Gerónimo, cree que Abraham sacrificó á Isaac en el sitio en que años después fué crucificado Jesucristo. Según el sentir de otros autores, es más razonable la opinión de que este sacrificio se consumó en el lugar que ocupa el templo.

¡Cuántos otros recuerdos, cuántos otros restos se han acumulado en esta sombría gruta! En ningún otro lugar del mundo se hallarían reunidos tantos como en la capilla de Adán. Vense á la entrada los sepulcros del ilustre Godofredo de Bouillon y de Balduino I, destruídos ¡ay! por el fanatismo de los griegos; en seguida, la piedra sobre la cual, en tiempo de las Cruzadas, celebra el clero católico el Santo Sacrificio de la Misa y el Cenotafio de Melquisedec, ó al menos la señal que indica el lugar de su sepultura.

Los reyes de Jerusalén recibían la corona en el Santo Sepulcro, é iban inmediatamente á ofrecerla á Dios en el Calvario. «Es costumbre en Jerusalén, escribía un historiador, que cuando un rey recibe la corona en el Sepulcro, la lleve en las sienes desde este lugar hasta el templo en que Jesucristo fué ofrecido como víctima; y allí ofrece también á Dios la corona. Después de efectuar el rey esta ceremonia, bajaba las gradas del templo y entraba en su palacio, en el templo de Salomón, donde moraban los templarios.»

Las divinas alabanzas no se interrumpen jamás en la basílica del Santo Sepulcro, y numerosas lámparas arden de continuo en todos los santuarios. «Sacerdotes cristianos de las distintas comuniones, dice Chateaubriand, habitan en varios puntos del edificio, y en lo alto de las bóvedas, donde anidan como palomas, en el fondo de las capillas ó de los subterráneos dejan oír sus cánticos á todas las horas del día y de la noche: el órgano del fraile latino, los címbalos del religioso abisinio, la voz del sacerdote griego, la oración del solitario armenio, las quejumbrosas notas del monje cofto llegan alternativamente ó á la vez á vuestro oído. No sabéis de dónde esos conciertos parten, y sentís el aroma del incienso sin ver la mano que lo quema; sólo véis pasar y desaparecer

tras las columnas, perdiéndose entre las sombras del templo, al pontífice que va á celebrar los tremendos misterios en los lugares mismos en que se consumaron.»

La jornada de los Padres Franciscanos en el Santo Sepulcro comienza á la media noche con los Maitines. En las grandes festividades se cantan con acompañamiento de órgano, y al *Benedictos* van nuestros Religiosos en procesión solemne á incensar la Sagrada Tumba. Suelen ser ya las dos de la madrugada cuando quedan libres para volver á acostarse, pero son tenidos por felices aquellos que, sordos á las gangosas voces de los griegos y á los ruidosos instrumentos de los armenios, logran el volver á coger el sueño. La hora de levantarse de nuevo es regularmente á las cuatro y media. Y digo regularmente porque tampoco faltan excepciones. Cuando los griegos ó armenios quieren cantar la Misa por los de su respectiva nación, al apuntar el día, los latinos se ven precisados á comenzar sus augustas ceremonias á las tres, á fin de terminarlas para la aurora. Cada día se celebran tres misas solamente en el Santo Sepulcro, dos rezadas y la conventual, que es cantada. Las restantes se dicen en otros altares de la basílica, como el de la Crucifixión, la Dolorosa, invención de la Cruz, etc., etc. Terminadas las Misas rezadas, se dirigen los Padres á coro para rezar, ó cantar el Oficio y hacer la meditación. A cosa de las diez ó diez y media van del coro al refectorio, á donde ciertamente no los atrae el delicado sabor de los manjares. La comida se les envía de San Salvador, y el poco gusto que podía tener lo pierde por tener que comerla medio fría ó recalentada. Entre la comida y las Vísperas, que son á la una, se les permite un poco de recreo, que consiste en una conversación monástica, y otro rato de descanso. Antes de Completas tienen dos horas de libertad, que emplean en sus estudios privados cuando el extremo cansancio ó el Oficio de difuntos que rezan con frecuencia no se lo impiden.

A las cuatro se cantan Completas, á las que sigue la procesión por los doce santuarios de la basílica que recuerdan los misterios de la Pasión.

Después de haber venerado la columna de la flagelación, sale el cortejo de la iglesia latina, pasa bajo la sombría rotonda llamada los *Siete arcos de la Virgen*, y se dirige á la *Prisión* en que Jesús fué encerrado mientras se disponían las cosas para su suplicio. Visita después sucesivamente las capillas de la *División de las vestiduras*, *Coronación de espinas*, *la cripta de Santa Elena*, y sube, finalmente, al Calvario. Nada puede darnos idea del carácter grave y un tanto lúgubre de esta procesión. Los religiosos y los fieles marchan lentamente, alumbrados

por la macilenta luz de los cirios, cantando himnos de sublime poesía, pero con dolorido ritmo. Muchos de los peregrinos lloran de compasión, pues no parece sino que se asiste á los funerales de Cristo.

En llegando á la cima del Gólgota, recita el celebrante este pasaje de San Lucas: «Siendo ya casi hora de sexta, se cubrió de tinieblas toda la tierra hasta la hora de nona. Y se oscureció el sol, y el velo del templo se rasgó por medio, y Jesús, dando una grande voz, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y diciendo esto, expiró.»

Al terminar estas palabras, todos caen en tierra, pegan su labios con el suelo y quedan por algunos minutos en triste y profundo silencio.

Del Calvario se descende á la Piedra de la Unción; y apenas terminada la conmemoración del embalsamamiento de Cristo, invitan los cantores á despojarse de los vestidos de duelo y á convertir los llantos en gozo. Se avanza cantando el himno de Resurrección, y á la entrada del Sepulcro glorioso se cree ver al Angel vestido de blanco, resplandeciente de luz y diciendo á las santas mujeres: «Jesús, á quien buscáis, no está aquí, ha resucitado como lo había predicho, y va delante de vosotros á Galilea, en donde le veréis».

Subidas algunas gradas, así que se llega á la capilla de la Aparición, implórase la protección de María mediante los alegres acentos de las Letanías acompañados con el órgano.

A las Letanías siguen las últimas oraciones, que rezan los Religiosos de rodillas y con los brazos en cruz. Ruegan, ante todo, por el Romano Pontífice, y después por los reyes cristianos, por la unión y concordia entre los príncipes, por el rescate de los Santos Lugares, por todos los Religiosos, por el Cardenal protector de la Orden, por el Patriarca de Jerusalén, por el Guardián del Monte Sión, por los peregrinos, por los navegantes, por los pecadores, por los bienhechores de la Orden, por la conversión de los infieles, extirpación de las herejías, por todas las necesidades espirituales y temporales, y, finalmente, por las benditas almas del Purgatorio. ¡Devoción tiernísima que, oponiendo cada día á la divina justicia armada contra las iniquidades del mundo el encendido amor de aquellos corazones seráficos, detiene los castigos que tan justamente merecemos y hace correr por el universo entero un río de misericordia.

Terminadas estas últimas oraciones, se dirigen los Padres al refectorio para hacer colación. En Tierra Santa se ayuna las dos terceras partes del año: casi puede decirse que en el convento del Santo Sepulcro es perpetua la abstinencia.

Concluída esta refección, que no dura más que un cuarto de hora, los Religiosos quedan libres, y unos vuelven á la Sagrada Tumba, otros al Calvario, ó á la capilla de Santa Elena, ó bien van á postrarse delante del Santísimo Sacramento. Cada uno se dirige al lugar hacia donde siente más devoción.

Después se retiran á sus celdas hasta el primer toque de campana que á media noche volverá á llamarles á Maitines.

Como se ve, la asistencia al coro es casi incesante, pues además de ella, los Franciscanos en el Santo Sepulcro tienen que atender al servicio de los peregrinos. La mayor parte de éstos quieren, no sólo comulgar en la Basílica, sino también confesarse y llorar sus culpas en el mismo lugar en donde fueron expiadas. Para cumplir esto más á satisfacción, suelen pedir que se les deje pasar allí una noche, favor que se les concede como á los católicos de Jerusalén cuando lo desean.

« A las primeras horas de una tarde me dirigí, dice el abate Mislin, á la iglesia, y participé de la modesta comida de los Religiosos. Cediéronme uno de sus mejores aposentos, al que me retiré para estar recogido; como este cuarto recibía luz de otro que casi estaba á oscuras, pronto anocheció en mi habitación ».

Los hombres son alojados en el interior del convento y las mujeres tienen á su disposición una pequeña cámara, situada en la galería inferior de la cúpula, en frente del Santo Sepulcro.

« Todo estaba tranquilo en torno mío, continúa el piadoso abate: los Padres, que debían levantarse á media noche, se habían ido á descansar; bajé la escalerilla de madera que conduce á la capilla, y me encontré al momento bajo las oscuras y silenciosas bóvedas de la espaciosa Basílica. Encaminéme al Santo Sepulcro; una porción de lámparas siempre encendidas iluminaban el monumento; parecíame que el ángel estaba todavía sobre él. ¡ Con qué emoción me postré y oré á Dios...! Recorrí en seguida las naves: me encontraba solo, é hice las estaciones del *Via Crucis* en medio de una profunda obscuridad, alumbrándome únicamente una velita que ilumina el Santo Sepulcro. Sobre el Calvario ardían algunas lámparas cuya luz se perdía bajo las grandiosas cúpulas, arrojando dudosa claridad sobre galerías y columnas que apenas se dibujaban en la densidad de las tinieblas. ¡ Oh! ¡ Cuánto se goza á estas horas en la santidad del lugar! No distrae como durante el día el tropel de peregrinos y curiosos; como nada une entonces al hombre con la tierra, el pensamiento se encumbra á Dios, cuya bondad infinita nos conmemora cada una de las piedras del grandioso edificio. ¡ Qué turbados momentos de emoción y felicidad! Después de bajar á la cueva en

que fué encontrada la Santa Cruz, me dirigí al Calvario; al subir las gradas oí gemidos, y al llegar á la cima ví á un hombre absorto en su dolor que estaba llorando en el sitio donde murió el Salvador. Era un levantino. El motivo del llanto en este lugar es tan natural, que nadie pregunta: ¿ Por qué lloras? Viendo el levantino que yo era sacerdote é iba á arrodillarme á su lado, echó la capa al suelo á fin de que yo pudiese estar postrado con mayor comodidad; mas como el sitio no era á propósito para deferencias y consideraciones, se lo agradecí con señas y oramos juntos. Ignoro su patria, como él la mía; probablemente no nos veremos más en la tierra. ¡ Ojalá el Dios á quien juntos hicimos oración se digne concedernos estar juntos en el cielo, cuyas puertas nos abrió á todos en el Calvario!

» Al bajar, acordéme de la siguiente inscripción, puesta por un autor antiguo al pie de un cuadro que representa el Calvario; sea mi constante divisa y la de todos los cristianos:

CHRISTUS SE TIBI,
TU TE CHRISTO.

» Luego me retiré á la celda.

» A las once menos cuarto desperté sobresaltado al rumor de tambores y campanillas. Era que los armenios celebraban una de las principales fiestas, repicando de este modo hasta las dos de la madrugada. Ocioso es decir que no pude pegar los ojos. Poco después me advirtieron que era hora de levantarme. »

Ahora, como en la época en que Deshayes representaba á Luís XIII de Francia en Palestina, cada nación posee en la Iglesia un recinto particular en que celebra los oficios según el propio sitio, y los sacerdotes que en él entran no lo abandonan hasta que transcurrido cierto tiempo, llegan del convento que tienen en la ciudad otros que los substituyan.

Los griegos son los que en esta residencia, junto á los augustos (tienen su morada contigua al Calvario), se han reservado la mejor parte. Los armenios á la izquierda de la entrada de la Basílica, con una parte de la galería de la cúpula. Los abisinios tienen un sacerdote que come, bebe, duerme y ora en la obscura capilla cercana al Sepulcro de San Nicodemo. Los coftos tienen un altar tras del templete del Santísimo Sepulcro; no viven en la iglesia, pero offician allí, unidos con los abisinios que dependen del patriarca cofto que reside en el Cairo. A los Padres Franciscanos ha tocado, si así puede decirse, la peor parte. En

el lado septentrional de la rotonda, que queda descrita, poseen un conventillo en el que, sucesores de los veinte canónigos instituidos por Godofredo de Bouillon, diez religiosos y algunos legos, que se relevan de seis en seis meses, á causa de la insalubridad de la vivienda, están especialmente destinados á la custodia del Santo Sepulcro, al cuidado de los santuarios que pertenecen aún á los católicos, y á la celebración de los oficios y procesiones que se verifican cada día en aquel sagrado lugar.

El local habitado por los Padres Franciscanos no es un eremitorio, porque un eremitorio supone el aire y la luz; ni tampoco una cartuja, porque en estos asilos, separados del bullicio del mundo hay al menos las comodidades cenobíticas en relación con su regla: es una sombría y estrecha prisión, sin otra puerta que la del templo, guardada siempre, como queda dicho, por turcos que exigen un tributo cada vez que la abren. «He visto los pozos de Venecia y los calabozos de Spielberg, dice un ilustre peregrino, y todo me ha parecido preferible á la cárcel de aquellos religiosos; á tal extremo los han reducido las incesantes ocupaciones de griegos y armenios, la codicia de los turcos y nuestra indiferencia».

Cuando queda cerrada la única puerta de su conventillo, los Padres reciben la comida que les mandan del convento de San Salvador por un ventanillo abierto en ella, ni más ni menos que si fuesen presidiarios. No hay en este convento un claustro siquiera en donde poder moverse, ni una ventana que dé á la ciudad ó al campo, ni una pulgada de jardín, ni un triste patio en donde poder respirar un poco de aire libre. Tampoco hay corredor alguno, ninguna simetría, ningún orden arquitectónico. Sus celdas, ó están completamente á oscuras, necesitando por consiguiente sus moradores de la luz artificial hasta en pleno día, ó son tan húmedas, que destilan agua por todas partes hasta el mes de agosto. Todas están ennegrecidas, ya por el humo, ya por la humedad. Tienen el piso de un mal betún, puertas y ventanas viejísimas, con las que armoniza perfectamente el mobiliario, que consiste tan sólo en una mala silla, una mala mesa y una pobre cama formada por tres duras tablas. Añádese á eso que los turcos hicieron una cuadra del piso superior, de modo que á todos les molesta el patear de los caballos, y se podrá formar concepto de lo delicioso de aquella vivienda.

Cuando el emperador de Austria, José II, visitó en 1869 el convento del Santo Sepulcro, quedó tan sorprendido de ese exceso de pobreza, que, todo conmovido, exclamó: «Mis presos, condenados á cárcel perpetua, están mejor alojados que los Franciscanos». El piadoso empera-

dor obtuvo del Gobierno turco algunas concesiones, la principal de las cuales fué el substituir por un terrado la cuadra de caballos.

Las menores reparaciones cuestan allí sumas enormes y los buenos Padres hubieran edificado un magnífico palacio con el oro que han dado á los turcos para obtener el permiso de conservar su miserable mansión, que les es de todo punto indispensable para que la Iglesia Católica esté representada en la tumba de Cristo.

Débase además este privilegio de que gozan los frailes Menores á su vida penitente y mortificada, viéndose ¡ay! precisados, para conservarlo, á vivir juntos con los mismos cismáticos.

Escribe Mad. Sodar de Vaules: «A no ver sino el exterior de las cosas, la magnificencia de las vestiduras sacerdotales, la profusión de los perfumes, el brillo de los dorados de las lámparas y de las arañas, la estrepitosa alternativa de instrumentos y de cánticos que, ora en la majestuosa lengua latina traducen á David y á los Profetas, ó bien en el armonioso idioma de Homero interpretan el genio de los Cirilos, Atanasios y Crisóstomos, en donde se hacen revivir los himnos de la primitiva Iglesia en la lengua de los Faraones y Tolomeos, se podría llegar á creer que los pueblos no se han reunido en este lugar augusto sino para alabar á Cristo, el Esperado de las naciones, el Pontífice de los bienes futuros, el vencedor de la muerte...

»Pero ¡qué descanso cuando al penetrar en la vida íntima no se ve entre los cismáticos sin orgullo y presunción, apetitos groseros, odios, supersticiones; en una palabra, todos los vicios de un clero venal y farisaico, que llama de nuevo el azote de Jesús indignado para arrojar á los vendedores del templo!

»Tal compañía es un suplicio, una constante amenaza, una preocupación continua para los hijos de San Francisco, entregados á merced de los rusos, de esos invasores sacrílegos. Es verdad que hay protocolos, convenciones, leyes precisas para decidir que nuestros religiosos ocuparán tal altar durante tantas horas, que barrerán las capillas de tal día á otro, que mantendrán encendidas tantas lámparas...

»La menor infracción del reglamento sería señal de graves desórdenes y ocasionaría interminables altercados. La serpiente de la envidia cismática se desliza por la menor hendidura al campo del vecino, en donde practica la anexión mejor aún que nuestros potentados modernos. Que se juzgue sino.»

Y á la verdad nada tan á propósito para juzgarlo como los hechos que se han presenciado. Después del fatal incendio de 1808, cuando los griegos todopoderosos con el oro y apoyo de la Rusia reconstruyeron, á su